

EL CONFLICTO ESPAÑA-CATALUNYA. ¿Cómo construimos una alternativa cristiana?

Barcelona, 25/10/14 X. Manuel Suárez García

FUNDAMENTOS BÍBLICOS

1. LA DIFERENCIACIÓN DE LOS PUEBLOS

- Hch 17.24-27: *El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ²⁵ ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas.*

²⁶ Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; ²⁷ para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros.

Dios es señor de todas las tierras. No hay nada que escape a Su soberanía. Todos los hombres provienen del mismo linaje; la diferenciación en pueblos es un instrumento diseñado por Dios: Él ha encomendado a cada pueblo la tarea de buscarle y para eso ha colocado a cada pueblo en una tierra concreta y a cada nación le ha dado un lugar en el orden de los tiempos, en la historia de la humanidad.

Es responsabilidad de cada pueblo crear su aportación a la humanidad desde el entorno de su específico territorio y en su momento histórico. Esa aportación se manifiesta en forma de una cultura específica. En palabras de los nacionalistas gallegos, cada pueblo es “célula de universalidad”.

- Apo 21.24: *Y las naciones andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella.*

Un día todos los pueblos traerán lo mejor de sus creaciones, su gloria y honor a la nueva Jerusalén. La nueva Jerusalén será el compendio de lo mejor que las naciones habrán producido a lo largo de la historia.

Los creyentes, por tanto, debemos rechazar todo intento de impedir que cada nación produzca en libertad esa aportación al conjunto de la humanidad. Cada pueblo, cada nación es responsable ante Dios de construir con excelencia su parte de la obra de desarrollo de la Humanidad; hemos de dejarle espacio y libertad para que lo haga.

Cada nación traerá su gloria a los pies de Jesús; cada pueblo traerá lo mejor de su creación cultural, y lo mejor de ella es su idioma: un día

toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Fil 2.11)

Un dia tota llengua confessarà que Jesús és el Senyor.

Ese día cada pueblo contemplará con amor y respeto las aportaciones de los demás y se enriquecerá con ellas. La homogeneización y la cultura única no es el modelo del Reino de los Cielos:

- Miq 4.3-4: *Y él juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a naciones poderosas hasta muy lejos; y martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzaré espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra.*
⁴ Y se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien los amedrente; porque la boca de Jehová de los ejércitos lo ha hablado.

2. LOS HIJOS DEL REINO

Los hijos de Dios pertenecemos a una patria celestial. Nuestra identidad más profunda es la de hijos del Reino.

Dios nos ha puesto en medio de los diferentes pueblos de la tierra y es nuestra responsabilidad descubrirle a cada pueblo ese Dios que ciertamente no está lejos de cada uno de ellos. Es nuestra responsabilidad ayudarlo a palpar y hallarle, hablarle de Dios a nuestro pueblo en medio de la tierra que el Señor les ha dado, hablarle en su idioma y sumergidos su cultura, recogiendo lo mejor de ella como un tesoro para un día traerlo a los pies del Señor.

- Hch 1.8: *me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.*

Cada uno de nosotros es testigo hasta lo último de la tierra, pero ha de empezar por su Judea, su Samaria, y ha de descubrir cuál es su Judea, su Samaria, el pueblo sobre el que el Señor le ha hecho específicamente responsable de acercarle desde su cultura a la última realidad de Dios.

Los hijos del Reino y el sujeto político de decisión

En el presente conflicto entre España y Cataluña hay que definir quién es el sujeto político de decisión.

Los creyentes tenemos una identidad profunda que supera nacionalidades, pero es importante reconocer cuál es el pueblo sobre el que eres primeramente responsable: esa es tu nacionalidad en la tierra. Tú puedes descubrir que es Cataluña, y tu hermano que es España; ¿vais a confrontaros por eso? Jamás; cada uno respetará la libertad del otro para decidir cuál es su referencia terrenal. Ninguno impondrá al otro su territorio ni su cultura ni su pueblo de referencia; y ciertamente en el fondo tú y él compartís la misma responsabilidad universal sobre toda la humanidad.

Este modelo nos debe servir para resolver el presente conflicto de identificación del sujeto político de decisión: **la identidad no se impone, se reconoce.**

Desde que el pecado entró en el mundo, una de sus manifestaciones ha sido la imposición de la identidad propia a los demás: A Daniel y sus amigos les arrancaron su entorno familiar, su tierra y sus nombres y les impusieron un entorno social, una tierra, un idioma y un nombre ajenos; no les permitieron definirse a si mismos, reconocerse en libertad a si mismos. Cuando Jesús murió, grabaron en la cruz su causa en latín, griego y hebreo; le negaron su propio idioma, aquel arameo humilde en el que había expresado sus más profundos sentimientos: “Efata”, “Tabita cumi”, “Elí, Elí, ¿lama sabajani?”.

Los conflictos entre pueblos son inevitables; la peor forma de resolverlos es la imposición, la negación de la identidad del otro. Es profundamente injusto, pero además inútil, porque al cabo de un tiempo esa identidad volverá a aflorar, porque pertenece a la misión específica que Dios le encomendó a ese pueblo. Esos conflictos se deben resolver por el conocimiento (la ignorancia es un poderoso instrumento de confrontación), el reconocimiento mutuo y la voluntad de concertación; el sujeto activo de esa voluntad es la sociedad civil, y se expresa en forma de voluntad política.

¿CÓMO HEMOS LLEGADO HASTA AQUÍ?

En el presente conflicto hay déficit de voluntad de concertación de la sociedad civil de ambos pueblos y déficit de voluntad política de sus dirigentes. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

1. LA CONFORMACIÓN DE ESPAÑA

¿Se trata de un problema de España con Cataluña? No; es un problema más amplio y tiene que ver con la propia forma de comprender España. Os voy a decir lo que ha pasado en Galicia: Durante siglos hemos mantenido nuestra identidad desde la resistencia, frente a una presión implacable que despreciaba nuestra forma de entender y aprehender el mundo, que silenciaba activamente nuestro idioma. No quedan tan lejos estos carteles: “No sea bárbaro: hable la lengua del Imperio”.

La democracia permite –o debe permitir– la libre expresión de la voluntad e identidad de personas y pueblos. Dios quiere, sin duda, que cada persona y cada pueblo se manifieste como es, y la democracia es el sistema que más se ha acercado a este criterio. La democracia nos trajo a Galicia el reconocimiento de una realidad que no nació en 1931 ni en 1978, sino lleva siglos viva en nuestro pueblo. La constitución del 78 no nos concedió nuestra identidad, sino nos la reconoció. No nos concedió el idioma gallego, sino le reconoció oficialidad, y tradujo políticamente nuestra identidad en forma de reconocimiento de Galicia como nacionalidad histórica; Galicia no es nación porque le legitime para ello la constitución, lo es desde hace siglos; es un pueblo al que Dios le concedió un territorio, del que es responsable, y desde él ha construido una forma de comprender y aprehender el mundo para compartir sus creaciones culturales con los demás pueblos; en palabras de C. E. Ferreiro, es el pedazo de tierra en donde el mundo se llama Galicia.

La constitución del 78 nos dijo que formábamos parte de España y pensamos que con eso los españoles entendían que la identidad gallega forma parte de su propia identidad. Pero descubrimos que no es así: nuestra identidad no es comprendida como propia por ellos, nuestros propios topónimos no los consideran propios, les molestan y exigen su traducción al español, nuestro idioma lo consideran algo tan ajeno que hay más departamentos de gallego en las universidades británicas que en las españolas y los españoles tienen una absoluta ignorancia y desinterés por figuras como Castelao, Bóveda, o todos los creadores de cultura en gallego. Nuestra cultura no es suya. Probablemente tienen razón. Pero entonces ¿por qué hemos de abrazar como propia una identidad que ignora la nuestra?

España no es esa casa común de los pueblos peninsulares; se ha construido ignorando y silenciando la identidad de nuestros territorios, nuestras culturas.

Hermanos catalanes, ¿comprendéis lo que estoy diciendo? ¿Os identificáis con lo que digo?

2. UN DESENCUENTRO DE PUEBLOS

El problema no es ya político; es más profundo; es un conflicto de identidades, se trata de un desencuentro de pueblos. No es ya que los políticos hayan azuzado la discordia; de ser así, el problema tendría más fácil solución. El desencuentro ha crecido desde rincones profundos de nuestros corazones colectivos.

Desde hace un tiempo percibo en muchos de mis amigos catalanes un cambio de posición: muchos eran partidarios del mantenimiento del vínculo con España; hoy son independentistas. ¿Qué ha pasado?

La razón que desde España se aduce es que han venido siendo manipulados por los políticos nacionalistas; es temerario recomfortarse con esta razón e ignorar la realidad; si queremos dar una salida a este conflicto, hay que ser exigentes y realistas en nuestro análisis, no conformarnos con lo que es fácil de oír, sino ir a la raíz. Los catalanes, como pueblo, se han sentido ninguneados y colectivamente agredidos por la sentencia del Tribunal Constitucional de 2010, que no fue percibida ya como un bloqueo político, sino como una agresión a toda la sociedad catalana.

Hubo más desencuentros en los últimos tiempos, pero aquella sentencia fijó un antes y un después en las relaciones entre España y Cataluña. Algunos pensaron que por fin se había metido en cintura a Cataluña, que aquí nadie se mueve fuera del marco de interpretación de la Constitución que ellos fijaron; fue una genuina victoria pírrica porque pocas decisiones ganaron más adeptos para la independencia de Cataluña.

LA GESTIÓN DEL CONFLICTO

No voy a analizar cómo se ha gestionado el conflicto por parte de la sociedad catalana, sus instituciones, partidos y gobierno; otros ponentes lo habrán hecho y habrá también lugar en el coloquio.

Los protestantes podemos entender bien cómo se ha gestionado el conflicto por parte del gobierno español: A los protestantes en España se les ha negado secularmente su derecho a ser diferentes. “Si eres español, no tienes derecho a ser otra cosa que católico”. No había lugar al debate, cualquier intento de reclamación del derecho a la diferencia se yugulaba con la sentencia “no hay salvación fuera de Roma”.

Este dogmatismo intolerante ha permeado profundamente la mentalidad colectiva española, en la población general y en los gobernantes de izquierda y de derecha. En el conflicto que nos ocupa ese dogmatismo se manifiesta en la sentencia “No es constitucional”, y se acabó, no hay lugar al debate y los doctores que tiene la iglesia son los miembros del Tribunal Constitucional.

Esa aparente firmeza encubre mal una evidente debilidad: no hay argumentos políticos para defender el mantenimiento de Cataluña en España, en buena parte porque para la mayoría de los españoles, en el fondo, la identidad catalana, como explicaba con la gallega, les es ajena. No hemos escuchado un discurso político que analice las razones por las que es útil y edificante que Cataluña permanezca en España. Sólo hemos escuchado amenazas de excomuniación: “Si Cataluña se va, quedará fuera de la Unión Europea”, “Si Cataluña se va, su PIB descenderá un 20%” –y no se dice cuánto descenderá el español–. El gobierno español no tiene un discurso político elaborado en este tema, pero tampoco lo tiene la sociedad civil española, que se ha embarcado mayoritariamente en un visceral fervor anticatalanista.

MI PROPUESTA

Mt 18.15-17: si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. ¹⁶ Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. ¹⁷ Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano.

Cuando hay un conflicto, es necesario abrir la mente y el corazón a las razones del que está enfrente. Y hay que establecer una progresión en el acercamiento, con gestos sucesivos que relajen la tensión y abran camino a la confianza. Además, aunque nos sintamos agredidos y desafiados, si somos fuertes hemos de tomar nosotros la iniciativa; es la estrategia política correcta y eficaz que hemos aprendido en la Palabra.

En este caso las instituciones españolas han entrado directamente por el final: declarar a los catalanistas gentiles y (re)publicanos.

Al otro lado, algunos nacionalistas han declarado análogamente que la convivencia está agotada y procede la inmediata proclamación unilateral de independencia. Cuando pregunto si no hay un camino de negociación progresiva para gestionar el conflicto, la mayoría de los catalanes me dicen

que esto ya llega tarde; no comprendo cómo en un proceso de siglos es tarde para sentarse, reflexionar y, desde la firmeza, explorar un camino de diálogo.

1. ¿HACIA DÓNDE LLEVA LA ESTRATEGIA DE CADA BANDO?

A) La postura del gobierno español conduce a una vía muerta:

1. Es inútil decirle a un pueblo que no es pueblo; es inútil negarle su derecho a expresarse en libertad, su derecho a manifestar democráticamente su voluntad colectiva. Tarde o temprano esa nación volverá a levantar su cabeza y conseguirá apropiarse de su destino.
2. Entretanto, atrincherarse en la constitución del 78 supone un dogmatismo digno del espíritu de Trento, una muestra de debilidad política; es reconocer que se carece de autoridad moral y argumentario político para convencer de sus razones no ya a los políticos catalanistas, sino a la mayoría del pueblo catalán. La constitución no es la Biblia; la nación catalana, la gallega y la vasca están ahí antes de la constitución del 78 y esa constitución no les otorga legitimidad, las reconoce.
Además, esa constitución es enmendable si hay voluntad política, e incluso sin enmendarla es posible concertar soluciones que no la violenten y no violenten la voluntad popular; pero eso requiere una talla política que el actual gobierno español no está demostrando.
3. Volvamos a la cuestión del sujeto político de decisión: el gobierno español proclama que ese sujeto es el pueblo español y con eso cree que cierra el debate. Pues, si es coherente con esto, deberá convocar un referéndum en España que vote la independencia de Cataluña; ¿cuál será el resultado previsible? En el estado español un 90% dirá que no y en Cataluña un 60-70% dirá que sí. Y entonces se evidenciará que el conflicto no se habrá cerrado, sino se habrá hecho más patente; exigirá sentarse a hablar con el pueblo catalán y sus representantes.

B) ¿Y a dónde lleva la hoja de ruta del independentismo catalán?

Si Cataluña alcanza la independencia por acuerdo o por declaración unilateral, estoy persuadido de que no tardará en reentrar en la UE. Pero entonces, ¿acaso tendrá sentido ignorar a sus vecinos? ¿Acaso no será natural establecer vínculos orgánicos con Galicia o con Euskadi? ¿Y por qué no con las regiones de España?

Como estrategia, ¿tiene algún sentido desvincularse para volverse a vincular? ¿No perderemos energías y tiempo por el camino?

Yo sé la respuesta: no es lo mismo vincularse voluntariamente desde el reconocimiento de tu soberanía, que hacerlo por imperativo legal. Y aquí llega el meollo de mi propuesta: hemos de ser capaces de rediseñar un estado peninsular (y con las islas) desde la perspectiva confederal, en la que uno cede voluntariamente soberanía –una soberanía que no se discute– para articular la convivencia con los demás pueblos vecinos.

2. LA CONFEDERACIÓN PENINSULAR

El unitarismo dogmático español causó la primera desvinculación en la Península: la de Portugal. Los portugueses estaban dispuestos a convivir con los pueblos de España, pero no a que se les homogeneizase con España, y por eso lucharon y conquistaron su independencia. Estoy persuadido de que muchos portugueses hoy estarían dispuestos a establecer un vínculo estable con los pueblos de España si se respetase su identidad nacional.

En el conflicto actual hay un camino que supera la situación y en vez de desvincular promueve una más amplia y profunda convivencia, más allá del propio estado español, pero reafirma los derechos nacionales de los pueblos. En la vía de la construcción de la unidad europea, sería realista y

razonable construir una Confederación Peninsular, rediseñar la estructura política de la Península y las islas de forma que sus pueblos vean reconocida su identidad nacional y, desde ahí, cedan soberanía para conformar una unidad más amplia.

Esta alternativa daría respuesta al pueblo catalán, que vería reconocida su condición de nación, y supondría una reparación y reconducción de un proceso histórico mal encaminado por siglos. Supondría pasar de una estrategia defensiva de resistencia a una más dinámica y creativa, de reconstrucción, superadora de las rigideces y muros del estado español.

Hay que aprovechar la dinámica de la construcción de Europa para restaurar el reconocimiento de las identidades nacionales de la Península y Canarias y reparar la segregación de Portugal. Y hay que desmentir de una vez la falsedad de que los nacionalismos periféricos han sido disgregadores: desde principios del siglo pasado ellos son los que han venido defendiendo la conformación de la unidad europea; cuando nadie creía en ella, cuando los nacionalismos estatales excluyentes se aprestaban para destruir Europa en la II Guerra Mundial, el Partido Galeguista, el PNV y Esquerra Republicana propugnaban la construcción de los Estados Unidos de Europa¹.

Si somos capaces de poner en marcha este proceso de restauración histórica, estaremos ayudando a conformar una Unión Europea más coherente con la realidad de sus pueblos.

FINAL

Los protestantes tenemos en esta hora una misión restauradora que cumplir. Hay que descubrir un camino que respete la concertación y la identidad. En Europa y América los protestantes hemos ayudado a construir identidades nacionales asentadas en el respeto a la libertad y la diferencia; y hemos promovido la unidad genuina, la que no se impone desde arriba sino se reconoce desde la condición de iguales.

Ciertamente nosotros mismos somos el mejor ejemplo de que ese camino es posible: cada uno de nosotros tiene un nombre único e irrepetible², una identidad diferenciada, y desde ella reconocemos con gozo una identidad compartida como hijos del mismo Padre³. Que el Señor nos guíe a mostrar que es posible construir identidad sin amenazar la hermandad, unidad sin amenazar la libertad; es lo que Joan Maragall describía cantando a la senyera:

Au, companys, enarborem-la
en senyal de germandat!
Au, germans, al vent desfem-la
en senyal de llibertat.⁴

¹ CASTELAO, A. *Sempre en Galiza*, p.

² Apo 2.17

³ 1Pe 2.9

⁴ MARAGALL, J. *El cant de la senyera*